

Históricas Digital

Birgitta Leander

“Homenaje a los 80 años del doctor Miguel León-Portilla”

p. 95-98

Vivir la historia

Homenaje a Miguel León-Portilla

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir-historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HOMENAJE A LOS 80 AÑOS DEL DOCTOR MIGUEL LEÓN-PORTILLA

BIRGITTA LEANDER

Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO

¡Cuánto me hubiese gustado poder estar presente personalmente, querido Miguel, gran maestro, *huey tlamatini*, profesor y guía, embajador, colaborador, inspirador y mago, coautor y amigo, en esta ocasión en que se hace en México este importante homenaje para ti!

No es mi patria lejana, el Polo Norte, lo que me retiene en este lado del Atlántico, impidiéndome estar en este momento con ustedes, sino mis actividades en Francia, que —durante muchos años— tuve el enorme placer de compartir contigo, cuando eras embajador de tu país ante la UNESCO en París.

Pero quisiera empezar por contar, antes de recordar tu estancia en París en los años 90, cómo nos conocimos cuando llegué la primera vez a México, hace casi medio siglo, para estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México, y por qué esos estudios me hicieron cambiar la carrera de odontóloga por la de antropóloga. La respuesta se resume en sólo dos palabras: Miguel León-Portilla.

En el discurso que di en la Secretaría de Relaciones Exteriores en la ciudad de México, al recibir hace dos años del gobierno mexicano la *Orden del Águila Azteca*, me refería a ese momento crucial en mi vida con las siguientes palabras:

Cuando llegué a México por primera vez en mi temprana juventud, casi por casualidad, después de un año de becaria en los Estados Unidos, y crucé la frontera con México para una visita, prevista por unas cuatro semanas, terminé quedándome cuatro años. Entonces asistí al Seminario de Cultura Náhuatl de Miguel León-Portilla en la Universidad Nacional Autónoma de México, lo cual cambió totalmente mi vida y mi vocación. Quedó atrás la medicina y se impuso la antropo-

logía. Nació además en mí la ambición de no sólo estudiar el pasado de ese gran pueblo sino también de poder contribuir, de alguna manera, a mejorar sus condiciones de vida actual.

Fue esta última ambición la que me llevó a dedicar la mitad de mi doble carrera, de profesora universitaria y de funcionaria internacional, a los problemas de los pueblos indígenas de hoy. Como encargada de asuntos indígenas, dentro del marco de las Naciones Unidas y la UNESCO, me tocó, entre otras cosas, ser la primera coordinadora en este organismo del “Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas del Mundo”.

Me acuerdo, como si fuera ayer, del momento tan emocionante cuando llegaste por primera vez a la Sala de la Conferencia General en la UNESCO. El embajador de Argentina, Javier Fernández, se había acercado a mí para soplarme en la oreja que mi antiguo y tan apreciado profesor de náhuatl, Miguel León-Portilla, estaba sentado en la sala en su calidad de nuevo embajador de México ante la UNESCO. Para mí fue un momento casi mágico y totalmente inesperado. Y cuando, minutos más tarde, este mismo embajador argentino tomó la palabra ante la Conferencia General y le dio la bienvenida al nuevo embajador de México, mencionando también, en términos muy encomiásticos, que “se encuentra, en esta misma sala, una distinguida alumna suya de sus años de juventud, la doctora Birgitta Leander”, la audiencia quedó impresionada. Y en medio de los aplausos de los diplomáticos y colegas, tú y yo nos levantamos para darnos el gran abrazo del reencuentro, después de años sin vernos.

Después de esta sesión memorable de la Conferencia General, uno de mis colegas de la UNESCO, el poeta de la Isla Mauricio—quien dirigía, en ese momento, la Colección de Obras Representativas de la UNESCO y quien, posteriormente, fue nombrado embajador de su país en Sudáfrica— Edouard Maunick, nos dijo a Miguel y a mí: “Pero ustedes dos deberían absolutamente escribir un libro juntos sobre esta literatura náhuatl, que parece tan fascinante y de la cual ignoraba totalmente la existencia.” Dicho y hecho. Pocos años después iba a ser publicado en París, en coedición entre la UNESCO y la editorial l’Harmattan, un libro, escrito conjuntamente por nosotros dos y con la colaboración del poeta francés Jean-Clarence Lambert, con el título de *Anthologie nahuatl-témoignages littéraires*



du Mexique indigène.¹ También colaboramos en varios otros libros en Francia, como *Destins croisés-cinq siècles de rencontres avec les Amerindiens*² y *Mille ans de civilisation mésoaméricaine-des Mayas aux Aztèques*.³

Para la presentación del libro sobre la literatura náhuatl en el Centro Cultural de México en París, en 1997, ya habías dejado tu puesto de embajador y habías vuelto a México, pero viniste invitado especialmente a Francia sólo para ese gran acto. Esto se debió al recuerdo extraordinario que habías dejado de tus años en París, sin contar con la fama de la que ya gozabas en el mundo entero. El diálogo de presentación del libro que hicimos tú y yo, en esa ocasión, se convirtió en un verdadero “happening” cultural, que la directora del Centro Cultural en esa época, Yuriria Iturriaga, ayudó a promover.

Tus años como embajador en París no fueron de ninguna manera un periodo de “dolce far niente”. Fueron, por el contrario, años archirrepletos de actividades intensas de todo tipo, no sólo diplomáticas —y es mucha la gente que todavía, en los corredores de la UNESCO, se acuerda de tu paso por allí y de tu lucha por nombrar al año 1992 el de la “Commemoración de los 500 años del Encuentro de Dos Mundos” y no otra cosa— sino también de creación intelectual y científica. A pesar de tus múltiples obligaciones ligadas al cargo de embajador, casi nunca te negaste a dar una conferencia, cuando te lo pedían, o a dar una entrevista en la radio o en la televisión, o a contestar preguntas de la prensa escrita. Y las salas de tus conferencias fueron siempre demasiado chicas para un público cada vez más abundante. En varias ocasiones, durante este periodo, volviste también de París a México, porque no querías dejar abandonados allá a tus estudiantes en vías de preparación de sus tesis o memorias. Y no fue sólo conmigo que, durante ese periodo, tuviste tiempo de hacer un libro, ya que tengo conocimiento de otros dos libros, por lo menos, que lograste escribir en Francia junto con otras dos personas que habían sido tus estudiantes en

¹ Miguel León-Portilla y Birgitta Leander, con la colaboración de Jean-Clarence Lambert: *Anthologie nahuatl-témoignages littéraires du Mexique indigène*, Paris, l'Harmattan / UNESCO, 1997.

² *Destins croisés-cinq siècles de rencontres avec les Amerindiens*, obra colectiva coordinada por Joëlle Rostkowski, Paris, Albin Michel / UNESCO, 1992.

³ *Mille ans de civilisation mésoaméricaine-des Mayas aux Aztèques*, obra colectiva coordinada por Jacqueline de Durand-Forest y Georges Baudot, como homenaje a Jacques Soustelle, Paris, l'Harmattan, 1995.



México en su juventud: Georges Baudot y Jacqueline de Durand-Forest.

Uno de los recuerdos más hermosos de lo vivido en Francia entre tú y nosotros tres, tus antiguos estudiantes del Seminario de Cultura Náhuatl en la Universidad Nacional Autónoma de México, fue la despedida que se organizó cuando ibas a volver a México, después de terminar tus tareas diplomáticas en Francia. Fue todo un montaje muy secreto para que no sospecharas que se trataba de un homenaje. Simplemente te habían invitado a pronunciar una conferencia en el Centro Cultural de México, cuando éste todavía se encontraba en el Boulevard Raspail. Recuerdo haber comenzado mi pequeño discurso en esa ocasión con una transposición al universo mexicano del famoso poema del poeta francés Jacques Prévert: “Rappelle-toi, Barbara!” (“Recuérdate, Bárbara”). Y debo haber terminado con el hermoso poema náhuatl “Ah tlamiz noxochiuh...” (“No se acabarán mis flores...”), que suelo citar con frecuencia, pero que me parecía —y me sigue pareciendo hoy— particularmente apropiado como homenaje a nuestro gran *tlamatini*, cuya abundante y tan pertinente obra, tal como la de sus ilustres antepasados, perdurará a través de los tiempos.